



Núm. 32
30 cts. El drama de un pekinés

por
Lew Cody
Aileen Pringle
y
Gwen Lee

LA NOVELA AMERICANA
CINEMATOGRÁFICA

Publicación semanal

Francisco - Mario Bistagne
Director

AÑO II Núm. 32

THE BABY CYCLONE 1928

**El drama de
un pekinés**

Hilarante comedia
interpretada por
Lew Cody, Aileen Pringle, Gwen Lee, etc.

Metro Goldwyn-Mayer
Distribuida por
Metro Goldwyn-Mayer
Ibérica, S. A.
Mallorca, 220 — BARCELONA

Postal-regalo: MARY BRIAN

Ediciones BISTAGNE
Pasaje de la Paz, 10 bis. - Barcelona

Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura

El drama de un pekinés

Argumento de la película

I

En la oficina del señor Meadows se presentó un hombre con un paquete.

Requirió la presencia del propio señor Meadows y le dijo:

—He aquí, señor Meadows, un regalo de parte de su amigo el señor Sandy.

Dejó el regalo sobre la mesa y con él una carta.

La carta decía:

“Querido Joe:

”Te envío una sorpresa que te he guardado algún tiempo, en espera de que tuviera los años suficientes para regalarlo. Allá va con un abrazo de tu amigo

”SANDY.”

Joe consideró la cesta, que no otra cosa era el paquete. Venía perfectamente cerrada y atada.

Al ver que por uno de sus ángulos se derramaba un blanco líquido, exclamó:

—¡Debí haberlo supuesto! Se trata del añejo whisky que Sandy guarda en sus sótanos. ¡Buen regalo, amigo Sandy!

Y después de frotarse las manos jubilosamente, desató y abrió la cesta.

Lo que salió de allí le dejó tan perplejo como si hubiera visto a Kellog dentro de una botella.

Era un perro, un perrito pekinés de larga pelambre y feo como Picio.

El derrame del líquido obedecía a que se había volcado la taza del agua que iba dentro de la cesta para que el animalito no se muriera de sed por el camino.

Joe puso una cara tan espantosa que el perrito comenzó a ladrar.

El obsequiado le cogió de un pellizco por la nuca y lo depositó sobre la mesa, pensando qué podría hacer con él.

El perrito, muy contento de verse libre después del largo encierro, comenzó a dar saltos y ladridos, y en una de sus piruetas introdujo el precioso rabito en el tintero, lo movió, cada vez más cariñoso, y lo salpicó todo de tinta.

Aquello era demasiado. Joe cogió al chucarro, y después de limpiarle el rabo con el pañuelo, se dispuso a arrojarlo por la ventana.

Pero le detuvo una exclamación.

—¡Qué encanto de perrito!

Levantó Joe la cabeza y vió que tales palabras habían sido formuladas por una rubia que estaba asomada a la ventana de enfrente.



Era un perro, un perrito pekinés...

El patio que separaba las dos ventanas era tan estrecho, que pudo entablarse el siguiente diálogo sin necesidad de levantar la voz:

—¿De modo que le parece a usted una monada?

—Me gustan con delirio los perros.

—¿Me permite usted que se lo regale?

—¿Y qué hará usted sin él?

—No se preocupe. Los hombres somos fuertes y soportamos bien la amargura de estas separaciones.

Mientras hablaba, se había subido al alféizar de la ventana para alargar el brazo y entregar el perrito antes de que la vecina se volviera atrás.

—Se va usted a caer.

Joe pensó: "Quien se va a caer es usted cuando su marido o su novio se entere de que tiene usted un perro."

Pero los hechos demostraron que la rubia dama tenía razón.

Joe resbaló y sólo tuvo tiempo de afianzarse a la cuerda de la persiana, de donde quedó colgado con el brazo libre.

—¡Horror! — exclamó la rubia —. ¡Pobre chuchito! ¡No lo suelte usted!

Joe quedó todo lo estupefacto que la situación le permitía, al ver hasta dónde llegaba el amor de algunas mujeres por los "chuchitos".

—¿No le parece que es también muy importante que no suelte la cuerda?

—Sí, señor, sí. ¡Ya lo creo! Suba usted. Ahí debe de estar muy incómodo.

—¡Admirable, verdad! — exclamó Joe haciendo una flexión que le permitió introducirse en pie por la ventana.

—¡Es usted un verdadero atleta!

—¡Pobre de mí si no lo hubiera sido!

Esta vez alargó el brazo con más cuidado.

Y apenas cogió la vecina el perrito, saludó y se retiró.

Si la vecina se volvía atrás, habría de regárselo al vecino de abajo, pues lo que es a él... ¡naranjas del Imperio Chino!

* * *

La dama rubia era la señora de Hurley y trabajaba en aquella casa desde la que había recogido el precioso regalo del pekinés.

Como todas las tardes, su marido, el señor Hurley, fué a buscarla.

Desde el zaguán le telefoneó. No era cosa de subir veinte pisos, aunque fuera en ascensor.

La rubia, que, dicho sea de paso, era bastante guapa — y perdón el señor Hurley —, bajó en el acto para reunirse con su marido.

Llevaba el perro al brazo. Encontró a su esposo sentado de espaldas. Se acercó él cautelosamente y le dijo con tono mimoso, acercándose los labios al oído:

—Tengo una sorpresa para mi maridito...

El, que tenía malos antecedentes de las sorpresas de su esposa, exclamó:

—¡Bah! Ya me la darás cuando llegues a casa.

Se levantó, se volvió y no pudo menos de sorprenderse sin esperar a hallarse en casa.

Se le nublaron los ojos al ver lo que su mujer llevaba en brazos.

—¿De dónde has sacado ese erizo?

—Me lo regaló el dueño de la oficina de enfrente.

—Bien podía habérselo regalado a algún tío suyo.

Mientras cambiaban estas dulces frases habían salido a la calle.

La rubia se detuvo.

—¿Qué quiere decir esa alusión familiar?

—Pues quiere decir sencillamente que no quiero en casa cucarachas ni nada que se le parezca.

—¿Cucaracha?... Una cucaracha mi chuchito?

—La cara la tiene de hipopótamo, pero por el tamaño parece un grillo.

—¿Un grillo, un grillo...? Pues sabes lo que te digo, que si no quieres al pekinés es señal de que no me quieres a mí. ¡Dios mío, qué monstruo de hombre!

Y como ya había abierto la boca para lanzar aquellos alaridos que profería siempre que deseaba algo, el marido exclamó:

—¡No! ¡Sollocitos, no! La gente se creería que era un terremoto. Lleva a casa el perrito. Con tal de no oírte, te dejaría llevar hasta un elefante.

La boca de la joven y rubia señora de Hurley se cerró en seguida. Lo de siempre. La aceptación del marido era para el llanto de la esposa como un resorte.

Como casi todas las tardes, tomaron el "metro".

La entrada en el vehículo subterráneo fué triunfal. El pekinés, poco acostumbrado al bullicio, comenzó a ladrar a todos los pasajeros que se amontonaban junto a la portezuela, y ellos se retiraban matemáticamente para dejarles paso.

El señor Hurley sudaba tinta china.

Lograron, después de arrancar cientos de protestas, acomodarse en un banco que acababa de vaciarse.

Los coches se deslizaban rápidamente por el subsuelo de Nueva York, y el Perrito, cada vez más inquieto ante aquella baráonda y aquel ajetreo, no cesaba de ladrar. De vez en cuando, acercaba el hocico a la cara de Hurley, y trataba de morderle una oreja. ¡Un encanto de pekinés!

La rubia halló en seguida explicación a la inquietud del animalito.

—¡Pobrecito! ¡No está acostumbrado a esta atmósfera! Abre la ventanilla.

El cauto esposo abrió la ventanilla y cien voces protestaron a un tiempo.

—¡Que nos vamos a constipar!

—¡Esto es la Siberia!

—¡Los hay calurosos!

El empleado intervino.

—Hagan el favor de cerrar esa ventanilla.

—No podemos — repuso la dama, llena de convicción —. Nuestro perro se asfixia.

El empleado se quedó mirando fijamente aquello que rebullía en brazos de la pasajera.

—¡Ah! ¿Conque eso es un perro? Creí que era una brocha de afeitar. Pero basta con su palabra. A la primera estación tengan la bondad de apearse. Esto no es un criadero de gusanos.

Arreciaron las protestas de la rubia; pero, al fin, no tuvo más remedio que obedecer.

Desde aquel día, el señor Hurley detestó dos cosas en el mundo: la contribución y los perros.

II

Estaban de sobremesa. El señor Hurley saboreaba su acostumbrado cigarrillo puro.

De pronto saltó el Perrito encima de la mesa e hizo una de las suyas con las patas y el rabo.

—¡Maldito perro!

Y ya iba el marido a cogerlo por el pescuezo para estrellarlo contra la pared, cuando su esposa abrió una boca por la que cabía el frutero.

—¡Sollocitos, no! Ahí tienes tu perro. Por mí puede romper toda la vajilla.

—Es que el animalito tiene ganas de pasear —gimoteó la esposa.

—Es verdad. Debemos abrirle la puerta.

—¡Qué horror! Se perdería.

—Entonces habrá de quedarse en casa.

—Puedes llevártelo tú.

—¡Pero mujer...!

La señora Hurley volvió a abrir la boca.

No hubo más remedio que llevarse al pekinés de paseo.

Tomó Hurley la dirección del parque. Por allí pasaban muchos automóviles y el atropello era muy posible; se sentó en un banco en espera del anhelado autobús; pero he aquí que de pronto se detuvo ante él una preciosa joven de ojos y cabello oscuros y exclamó:

—¡Qué preciosidad de perro! ¿Es chino, verdad?

—No, señorita. Es esquimal.

—¡Cuánto me gustaría tener un perro como ese! ¿Quiere usted vendérmelo?

—Y regalárselo también. ¡No faltaría más!

—No. Regalármelo, no. Se lo compro. Le dare por él cinco dólares.

Hicieron el cambio del billete por el perro y Hurley salió de estampía. Tomó un taxi. El perro podía haberle tomado cariño y sería capaz de seguirle.

* * *

Lydia, que así se llamaba la muchacha de ojos y cabello oscuros, se dirigió a su casa tan contenta como si acabara de adquirir un cuadro de Velázquez.

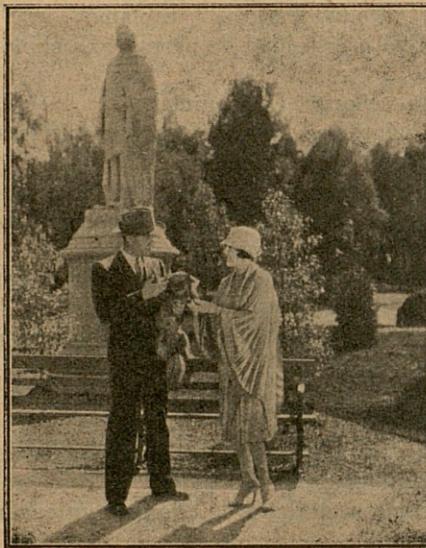
Una hora después se presentaba en aquella casa Joe Meadows, que, como se verá en seguida, era el prometido de Lydia.

La doncella que salió a abrirle la puerta, le manifestó:

—La señorita Lydia está en los sótanos. ¿Quiere usted que la llame?

—No. Quiero darle una sorpresa.

Pero la sorpresa se la llevó él, al ver que lo que Lydia hacía en los sótanos era bañar a un animalucho, que si bien era tan pequeño como la esponja, era más feo que un rinoceronte.



—¿Quiere usted vendérmelo?

Y aun fué mucho más grande su sorpresa al reconocer en él al pekinés que había regalado a la vecina.

Por si esto era poco, Lydia, que pareció tan enamorada del pekinés, como Romeo de Julieta,

le ordenó que lo lavara él, mientras ella se arreglaba para ir al teatro, como habían convenido.

Tratando estaba Joe de ahogar a aquella joya canina, cuando apareció Lydia, sorprendiéndole y armándole el primer escándalo que había amargado la dulzura de aquel amor desde que Joe pidiera su mano.

* * *

Excúsenos el lector de describir lo que ocurrió en casa de los señores de Hurley desde que el esposo concibió la nefasta idea de vender el perro.

Desde entonces no había segundo de reposo en aquel hogar. La boca de la señora de Hurley sólo se cerraba a la hora de comer y los alardos se oían desde Petrogrado.

Una de aquellas infernales tardes iba el matrimonio Hurley por la calle en busca de la señora a quien el esposo había vendido el perrito, cuando de pronto exclamó la rubia:

—Mira, aquél es el señor que me regaló el perrito desde la oficina de enfrente.

Hurley vió a un caballero que leía apaciblemente un periódico plantado al borde de la acera.

—¿Estás segura de que es ése el que te regaló el pekinés?

—Segurísima.

—¡Ese tío se acuerda de mí! — exclamó Hurley arremangándose.

—Si le pegas, empiezo a gritar.

—Si gritas, te pego a ti también.

Y cuando Joe se acercaba a poner paz entre el desavenido matrimonio, un rotundo puñetazo de Hurley le envió rodando por la acera.

Huyó el agresor. La joven y rubia esposa comenzó a proferir alaridos que hacían temblar los rascacielos.



Tratando estaba Joe de ahogar a aquella joya canina...

La gente comenzó a arremolinarse en torno de ellos.

Volvió en sí Joe, y al advertir que estaba dando el espectáculo, cogió a la rubia de un brazo y se la llevó calle arriba.

Pero ella no cesaba de gritar, y el cortejo de curiosos era cada vez más nutrido.

—¡Por Dios, señora, calmese!

Por si las desdichas de Joe eran pocas, por el portal de una tienda frente al cual se habían detenido, apareció Lydia:

—¡Muy bonito! Todavía no nos hemos casado y ya te veo del brazo con otra.

—Te aseguro...

—Basta! No quiero disculpas.

En este momento, la rubia, que miraba fijamente algo que Lydia llevaba en el brazo, se abalanzó sobre ella, se lo arrebató, saltó a un taxi que había junto a la acera y se perdió en el laberinto de la populosa vía.

Ahora fué Lydia la que comenzó a chillar.

—Pero qué te sucede, mujer?

—Que esa loca me ha quitado el perrito.

—Bah! Un perro más o menos, no puede ser la ruina de nadie.

—Eres un cínico! ¡O me traes inmediatamente el perro o puedes despedirte de nuestro matrimonio!

—Pero Lydia, ¿qué puedo hacer yo? No sé dónde vive esa señora.

—Si tuvieses interés en casarte conmigo lo averiguarías.

—¡Maldita sea la hora en que se inventaron los perros!

—Eres un blasfemo inicuo! ¡Te detesto!

Y tomó otro taxi y éste partió, dejando al novio plantado.

En un tercer auto, Joe se fué a la oficina.

III

Lydia estaba desesperada. No podía soportar la separación. Era inútil que Joe aguzara el ingenio para dirigirle palabras de consuelo. Había hecho ya las paces con su prometida, pero después de prometerle que buscaría a la rubia para recuperar el perro.

En el fondo, estaba muy tranquilo, a pesar de su promesa. ¡Cualquiera daba con la rubia no deseando dar con ella! ¡Con no asomarse a la ventana de la oficina!

Estaban sentados en el sofá y él exclamaba hipócritamente:

—¡Pobre de mí! ¡Qué arrepentido estoy de no haber sido bueno con el perro! ¡Qué habrá sido de él! ¡El remordimiento no me deja vivir!

Y así se ganaba la voluntad de Lydia, la cual interrumpía de vez en cuando sus lamentaciones para ofrecerle los labios.

De pronto, se abrió la puerta, una doncella pronunció un nombre y apareció un individuo de mirada impertinente y desenvuelto ademanes:

—Señorita, aquí tiene la dirección de la señora que robó el perro.

Y entregó a Lydia un papel.

Joe dirigió al visitante una mirada furibunda. Lydia le explicó muy contenta:

—Es el detective al que encargué averiguara el domicilio de la rubia.

—¡Maldita sea su estampa!

—¿Qué dices, Joe?

—Que maldita sea la estampa de la rubia.

—¡Ah!... Ahora mismo iremos a casa de la rubia. Voy a arreglarme.

—Sería mejor que lo dejaras para la semana próxima.

Pero Lydia no podía esperar ni siquiera un minuto.

Fué preciso salir inmediatamente a la busca y captura del pekinés.

* * *

Hurley, después de propinar el memorable puñetazo a Joe, había vuelto a casa más contento que unas castañuelas.

Decididamente aquel directo de derecha había puesto fin a la enojosa aventura del perroescorpión. Después de eso, su mujer no se atrevería a abrir la boca.

Dejó en la portería una nota que decía:

“Portero: Como lo del perro se acabó, pude dar el insecticida y los bizcochos a su esposa. El collar y la cadena quédeseles usted.”

Y estaba gozando de la vida en su alegre písito, cuya paz no volvería a ser turbada por nada ni por nadie, cuando apareció su mujercita de su alma.

¡Apareció con el pekinés en brazos!

18

¿Para cuándo dejaba Dios los movimientos sísmicos?

* * *

Estaba enzarzado el matrimonio Hurley en una de sus frecuentes discusiones sobre el perro, cuando llamaron al teléfono.

Se apoderó de él la rubia.

—¿Quién es?

—Soy Joe Meadows, el que le regaló el perrito. Estoy en la portería, acompañado de mi prometida, la que compró el pekinés por cinco dólares a su esposo. Deseamos entrevistarnos inmediatamente con usted.

—No puede ser... no puede ser... — repuso la rubia muy agitada —. Estoy en el baño.

Y colgó el auricular y huyó a una habitación, encerrándose en ella, ante el asombro de su marido.

—¿Qué dice? — preguntó Lydia a Joe.

—Que suba yo solo.

—¡Corre! ¡Querrá darte el perrito!

La perspectiva de encontrar a la rubia en el baño fué para Joe como un maravilloso acelerador.

Y en la mansión de los Hurley se vieron los dos caballeros frente a frente.

Se miraban como se debieron mirar Joffre e Hindenburg durante la guerra.

—Es usted el culpable de todas mis desdichas — bramó Hurley —. Mi esposa era una mujer soportable hasta que usted tuvo la nefasta ocurrencia de regalarle el perrito.

—Y mi prometida y yo nos amábamos y éramos felices hasta que usted le vendió el pekinés.

—Lo que es mío lo puedo vender cuando me plazca.

—Pero comprenda usted — dijo Joe cambiando de tono —. Usted está casado hace tiempo y acostumbrado a los disgustos...

—¡Basta! Ha venido usted por el perrito, ¿verdad? Pues lléveselo. Mi dignidad me impide gozar de una cosa que no me pertenece. En ese cuarto está mi mujer con el perro. Su deber es echar la puerta abajo.

—De ningún modo. Sé respetar la casa ajena.

En este momento apareció Lydia. Cansada de esperar, había subido.

Ella se encargó de solucionar la cuestión.

—¡O me dan el perro inmediatamente — exclamó encarándose con Hurley —, o les mando detener!

—Comprendo que tiene usted razón, señorita. El perro es suyo, le pertenece a usted. Pero ¿sabe lo que estaba diciendo su prometido? Que no se casará con usted mientras tenga ese erizo. Ya ve usted: le llama erizo.

Estas palabras produjeron el apetecido efecto. Los novios se enzarzaron en una terrible disputa. Indudablemente, la joven acabaría por llevarse el perrito, aunque sólo fuera para llevar la contraria a su novio.

Joe acabó por decir, adoptando una actitud napoleónica:

—Lydia, no puedo consentir que esto siga adelante. Elige: el perro o yo.

—La elección no es dudosa: el perro.

—Está bien, pero me parece que me has hecho una perrería.

Lydia se quitó todas las joyas que llevaba encima y se las entregó a Joe.

—Toma. No quiero nada tuyo.

Joe se echó las joyas al bolsillo y salió dignamente de la estancia.

* * *

Cuando Lydia y el señor Hurley quedaron solos, él continuó azuzándola:

—Un buen marido es fácil de encontrar. En cambio, perro como el que le vendí sólo hay uno.

—Bien, pero ¿dónde está?

—En esa habitación. Mi esposa se ha encerrado con él.

—Dígale usted que salga.

—Será mejor que eche usted abajo la puerta.

Ni corta ni perezosa, Lydia se abalanzó sobre la puerta. Como no estaba cerrada porque no funcionaba la cerradura y ella había tomado tanto impulso como si tuviera que derribar una muralla, entró en la habitación como si se hubiera echado a nadar.

En brava lucha, arrebató a la rubia el perro y huyó por la escalerilla trasera del rascacielos.

La rubia se asomó a la ventana y comenzó a

proferir tales gritos que en un segundo logró agrupar al pie de la casa un millar de transeúntes y varios gendarmes.

Estos, al ver a Lydia descender por la escalerilla de incendios y advertir que la rubia la señalaba mientras gritaba: “¡Socorro; me ha robado; es una ladrona!”, subieron por la escalerilla para cortarle el paso.

Lydia tomó la determinación de volver a subir para no caer en manos de los gendarmes, y Joe, que desde la calle lo había presenciado todo, subió también a casa de la rubia.

Se reunieron todos en la habitación donde se había realizado el hurto del pekinés y allí fué Troya.

Gritaban las mujeres, gritaban los maridos, gritaban los gendarmes.

Uno de éstos, que había comenzado a cachear a los caballeros por si llevaban armas, exclamó sacando del bolsillo de Joe todas las alhajas que Lydia le había devuelto momentos antes:

—Mirad — dijo a sus compañeros —. Ya sospechaba yo que se trataba de una banda de ladrones de joyas. ¡Todos a la jefatura!

Y en la jefatura pasaron la noche los *terribles bandidos de joyas* y el fatídico pekinés.

IV

Al día siguiente, los periódicos comentaban la noticia con el título de "El drama de un pekinés".

La solución del asunto había sido la siguiente: Lydia y la señora de Hurley se separaron de su novio y de su marido respectivamente y se fueron a vivir a casa de aquélla, donde las dos podrían gozar de la compañía del pekinés.

La misión de la rubia en casa de Lydia no sería otra que la de cuidar el perrito.

Los padres de Lydia estaban muy disgustados por el cariz que había tomado la cosa y trataban constantemente de hacer que su hija volviera a admitir a su prometido y que la señora de Hurley hiciera las paces con su esposo.

Pero ellas se negaban enérgicamente a transigir.

En cuanto a ellos, se habían convencido en seguida de que no les probaba la separación.

Ninguno de los dos salía del despacho de Joe, y allí, para olvidar, se entregaban al alcohol.

Joe no cesaba de llamar a su prometida por teléfono, y siempre recibía la misma respuesta:

—Ni la señora de Hurley ni yo estamos dispuestas a abandonar el pekinés por vosotros.

Al fin concibieron un proyecto que madura-

ron con toda la minuciosidad que el alcohol les permitía y se dirigieron a casa de Lydia, donde hicieron una aparición triunfal.

El señor Hurley llevaba en la mano una bombilla de tres o cuatro mil bujías y Joe un frasco de dulce de fresa.

Fueron recibidos por la madre de Lydia, la cual los hizo esperar en el vestíbulo con la promesa de que lo arreglaría todo.

Acto seguido se dirigió la señora a la habitación de ellas, donde recibió por primera providencia media docena de furiosas negativas.

Cuando al fin logró hacerse oír, les propuso:

—Yo me quedaré con el pekinés y así podréis verlo las dos sin necesidad de contrariar a vuestros amados.

A los jóvenes les pareció muy bien la idea, y ya se dirigían al vestíbulo para reunirse con Hurley y Joe cuando una detonación formidable las detuvo.

Era que el marido y el novio al oír desde el vestíbulo las furiosas negativas, habían puesto en práctica su plan.

Se tumbaron en el suelo, se pringaron la frente de mermelada de fresa, depositaron cerca de ellos los revólveres y arrojaron la bombilla contra la pared.

Todo indujo a las jóvenes a creer que el novio y el esposo se habían suicidado, y ya iban a arrojarse en sus brazos derramando lágrimas de dolor, cuando el pekinés, que había sido depositado en el suelo por la madre de Lydia, se

—¿Eso has hecho? Pues bien: hasta que el perrito se muera, no volveré por esta casa.

Y dió media vuelta y salió con gesto altivo de la estancia. ¡Perritos a él, no!

* * *

Ya estaba cada uno de ellos en su habitación, disponiéndose a acostarse, ya era absoluto el silencio de la noche y la obscuridad reinaba por doquier, cuando las habitaciones de la casa se vieron cruzadas por el siniestro resplandor de una linterna sorda.

Era un apache, un apache con suelas de goma, pañuelo al cuello y gorra a cuadros.

El ladrón se halló de pronto en una gran estancia circular y con las puertas de seis habitaciones para elegir.

Se introdujo en una de ellas al azar y comenzó a reconocerlo todo detenidamente.

De pronto oyó ruido en un cuarto contiguo, ruido de pasos y tuvo el tiempo justo para introducirse debajo de la cama.

Apareció Lydia en salto de cama y se acostó pensando en el feliz desenlace que el drama había tenido.

El ladrón, debajo de la cama no se atrevía ni siquiera a respirar; pero he aquí que su revolver, que con los movimientos había comenzado a deslizarse de su bolsillo, le cayó al suelo de pronto, produciendo un ruido que llamó la atención de Lydia.

Agradablemente sorprendida, la joven alargó

aceró a los suicidas y comenzó a lamerles la mermelada de fresa.

Como los dos tenían cosquillas, eso fué su perdición.

Lydia y la señora de Hurley se dieron cuenta de que su prometido y su novio respectivamente, estaban vivitos y coleando, y la ruptura volvió a producirse inmediatamente.

El pekinés, después del opíparo banquete, se subió a una silla y se dedicó a contemplar el divertido espectáculo que sus múltiples dueños le ofrecían.

Al fin, la madre de Lydia logró poner paz entre ellos, repitiendo el argumento de que se quedaría ella con el perrito, dejándoselo de vez en cuando a una y a otra para que lo sacaran de paseo.

Como en el fondo ellas y ellos no deseaban otra cosa que la reconciliación, diez minutos después aquella casa era un paraíso de amor y de felicidad.

Como ya era muy tarde, todos pasarían la noche en la casa y al día siguiente ultimaría los detalles del convenio.

De pronto apareció el padre de Lydia. Quedó asombrado al ver la paz que reinaba en su casa.

—¿Quién ha realizado este milagro? — preguntó.

—Yo — repuso su esposa orgullosamente.

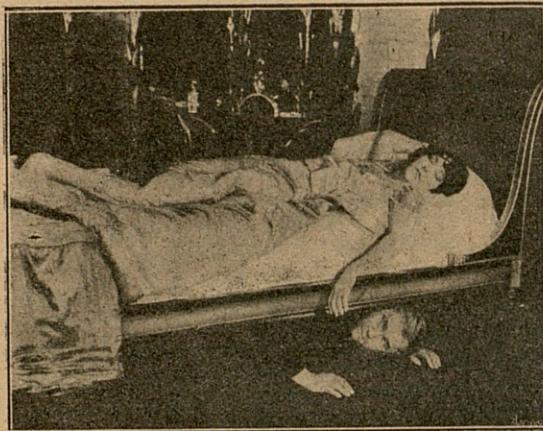
—¿Y qué has hecho para lograrlo?

—Muy sencillo: quedarme con el pekinés.

El esposo empalideció.

el brazo y comenzó a mover la mano debajo de la cama, al mismo tiempo que llamaba con voces cariñosas al pekinés.

Tenía la seguridad de que era el Perrito el que estaba debajo de la cama, y esta seguridad quedó plenamente ratificada cuando su mano



...la joven alargó el brazo...

tropezó con la cabellera del ladrón, la cual era tan espesa como la pelambre del pekinés.

Pero se le ocurrió extender la exploración y uno de sus dedos se introdujo en el ojo del caco, haciendo proferir a éste un grito, y otro mucho mayor a Lydia, la cual salió de la habitación pidiendo socorro.

El ladrón salió detrás de ella y una a una buscando donde esconderse abrió las puertas de los cuartos que pertenecían a Joe, a Hurley, a la señora de éste y a la mamá de Lydia.

Se armó un San Quintín de padre y señor mío, y los hombres se lanzaron a la persecución del ratero.

Joe, que profesaba a la gente del hampa verdadero odio, tembló de alegría cuando le vió al pie de la escalera, por la que él había comenzado a bajar.

Aun le separaban diez escalones del bandido, pero no tuvo paciencia para esperar, y dando un tremendo salto, cayó sobre él y ambos fueron rodando por el suelo.

En seguida se dió cuenta el ladrón de que aquel hombre tenía mucha más fuerza que él y tampoco tardó en quedar persuadido de que conocía a fondo la ciencia pugilística, pues recibió en pleno rostro una magnífica serie que le trasladó en el acto a la región de los sueños y le puso los dos ojos de luto.

Cuando volvió en sí, Joe lo tenía cogido del cuello y comprendió que nada podría salvarle de la muerte.

Pero he aquí que de pronto los ojos del agresor se fijaron en el Perrito pekinés, el cual acababa de aparecer al pie de la escalera y exclamó con inspiración súbita:

—¿Quiere usted conservar la vida?

—Ya lo creo.

—Entonces robe este perro y váyase.

El caco abrazó apasionadamente a aquel animalito que había sido su salvación y salió de estampía.

* * *

La esposa del ladrón tenía el pekinés en brazos y le prodigaba toda clase de caricias.

El marido, que la miraba ferozmente, exclamó:

—¡Ya se me están hinchando a mí las narices! ¡Tenemos perrito hasta en la sopa! ¡Tira ese perro a la basura o lo mato a mordiscos!

—¡Lo que es como no te tires tú! Este perro es lo único bueno que has robado toda tu vida.

—Te aseguro que si llego a sospechar lo que ha ocurrido, no lo robo, aunque aquel tío bestia me hubiera matado.

—Los hombres no sabéis lo que vale un animalito como éste.

—Si valiera más de cinco centavos, ya lo habría vendido.

La esposa se abrazó al pekinés.

—¡Pobrecito de mi alma! ¡Su amo no le quiere! ¡Tan precioso como es él, Dios mío!

Y comenzó a cubrirle de besos la cabeza.

El caco perdió la paciencia. Escupió por el colmillo, se tiró de los pantalones, se apoderó del chicho y salió a la calle con él, sin prestar atención a los desesperados alaridos de la esposa.

Comenzó a cruzar calles y calles.

Miraba a un lado y a otro, buscando un lugar a propósito para dejarlo.

Por fin, vió un automóvil soberbio a la puerta de una iglesia, y aprovechando un descuido del chofer, abrió la portezuela y lo arrojó al interior como el que arroja una colilla.



—Este perro es lo único bueno que has robado toda tu vida.

Dió un suspiro de alivio y continuó calle arriba tan campante.

De la Iglesia salieron Lydia y Joe cogidos del brazo. Ella llevaba las galas nupciales. Se acababan de casar.

Subieron al auto y el auto partió.

Iban a darse un beso, cuando se oyó un ladrido. Los dos miraron hacia abajo y vieron asomar por el asiento la cabeza del pekinés.

Lydia lanzó una exclamación de alegría y cogió en brazos al perro.

—¡Es nuestro perrito querido! — exclamó mostrándoselo a Joe.

Este permaneció un momento vacilante, pero al fin exclamó, abrazando y besando a su esposa:

—Sí, es nuestro perrito querido.

Estaba visto que su felicidad dependía del chuchito pekinés.

FIN

Formidable éxito de

La Novela EVA

Publicación semanal
de novelas modernas

Precio: 30 céntimos

Esta semana:

La Novela para Todos

Publicación semanal de novelas
para todos. Excelentes asuntos

Precio: 30 céntimos

Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica
¡Lo mejor del cine!

Últimos éxitos:

La mujer ligera

Vírgenes modernas

El pagano de Tahití

Estrellas dichosas

Acaba de aparecer:

Esto es el cielo

finísima novela, interpretada
por Vilma Banky y James Hall

¡SIEMPRE LO MEJOR!

Precio: 1 peseta

Mañana:

La senda del 98

por Dolores del Río y Ralph Forbes

El jueves próximo aparecerá
el tercer cuaderno
de la deliciosa novela en veinte
cuadernos

**De vendedora de periódicos
a estrella de cine**

Formidable éxito

**¡La novela que todos, aman-
tes o no amantes del cine,
leerán con deleite!**

Primer cuaderno (1^a edic. agotada)
» » (2.^a » agotándose)

Inmejorable presentación
Buena literatura
Ilustraciones en el texto

PRECIO: 25 céntimos



E
B